

Europa first

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

“Si la única herramienta que tienes es un martillo, es tentador tratar todo como si fuese un clavo”. Esta frase, pronunciada en 1966 por el psicólogo Maslow, conocido por su célebre pirámide de la jerarquía de las necesidades humanas, refleja perfectamente la política exterior de Trump. El grotesco aspirante a Nobel de la paz (por envidia respecto de Obama) ha llevado más ataques en un año que la administración Biden. Es verdad que en su toma de posesión prometió no meterse en conflagraciones largas y lejanas, pero eso no parece óbice para llevar a cabo intervenciones militares en diferentes partes del mundo: Yemen, Somalia, Irán, Nigeria, Siria y Venezuela. En todos los casos han sido bombardeos selectivos contra objetivos considerados estratégicos. Sin declaración de guerra previa porque entonces hubiese necesitado la autorización del congreso. De esta guisa, la Casa Blanca evita el traslado de tropas sobre el terreno y la imagen catastrófica de despropósitos como los de Irak o Afganistán, por ejemplo.

Pendientes de Irán, ahora el magnate ha fijado sus ojos en Groenlandia, territorio europeo que quiere ser comprado o anexionado. Desde luego, yo no me fiaría, pues no hay nada peor que un majadero en el poder rodeado de palmeros y con unas ansias irrefrenables de gloria. Por ahora, Groenlandia y Dinamarca ya han dicho que la isla no está en venta y que, pese a los anhelos independentistas, prefieren seguir perteneciendo a la Corona escandinava que a los Estados Unidos. Y es que, en el fondo, los argumentos de Trump sobre la seguridad son una falacia. Según él, con ese lenguaje infantiloides que le caracteriza, si no se lo quedan ellos, lo harán los rusos o los chinos. Algo que es mentira. Teniendo Dinamarca un acuerdo militar desde 1951 con Washington y siendo miembro de la OTAN, su discurso es un embuste. Cuando Merz habla de aumentar el número de efectivos europeos de la Alianza Atlántica a Groenlandia, lo desmiente claramente. ¿Será entonces que lo que le mueve a Trump son los recursos naturales de la gigantesca isla? Es evidente que sí, tal como lo estamos viendo en Venezuela, donde lo que importa es el petróleo y no la democracia o la libertad, algo en lo que él, aprendiz de autócrata, no cree, como se vio en el golpe de Estado de 2021. Sin embargo, en la explotación de estos recursos naturales podrían entrar sin ningún problema las empresas americanas, tal como lo hacen en tantísimos países.

En mi opinión, hay un tercer elemento que debemos considerar para entender mejor este acoso sobre Groenlandia: el deseo de Trump por pasar a la historia tras haber agrandado las fronteras nacionales. En este sentido, se colocaría a la par de otros presidentes estadounidenses, que, a golpe de billetera, compraron diferentes regiones, a saber: Luisiana en 1803, Florida en 1819, Gadsden en 1854, Alaska en 1867 y las Islas Occidentales Danesas (las Vírgenes) en 1917. Por tanto, con la compra de Groenlandia se equipararía a Thomas Jefferson, James Monroe, Franklin Pierce, Andrew Johnson y Woodrow Wilson. Para un individuo patológicamente vanidoso, una operación de estas características puede resultar fundamental. Por eso, señala que, si no es por las buenas, podría ser por las malas. En este terreno también tiene unos cuantos antecedentes, pues una parte notable de la delimitación actual de EEUU viene de tratados derivados de contiendas o de anexiones. De manera que tiene dónde elegir para satisfacer su insaciable ego.

De ahí que Europa (UE y Reino Unido) tiene que ser firme en su defensa de Groenlandia. Cualquier signo de fragilidad será aprovechado por un Trump que se envalentona con los débiles y se achanta con los fuertes, como Vladímir Putin o Xi Jinping. Tal como han denunciado personalidades como François Hollande, Dominique de Villepin o Josep Borrell, principalmente, Europa debe abandonar su mansedumbre y hacerle frente de forma inteligente. Decía hace poco el filósofo y escritor Bernard-Henri Lévy en una televisión francesa que Europa podía hacer mucho daño a la economía norteamericana dejando de comprar ciertos productos o poniéndoles altos aranceles. Porque ha llegado el momento de que Europa mire por sus propios intereses, distanciándose de unos Estados Unidos, que, en la actualidad, no comparte sus valores. Según Trump, él sólo responde a su moralidad (¿?), no a las convenciones internacionales. Y para Marco Rubio, el tiempo de la cooperación se ha terminado. ¿Entonces? Europa debe seguir su camino, hacia un ejército propio, como apunta Albares, habida cuenta de que el lacayo de Mark Rutte, secretario general de la OTAN, es incapaz de defender a Dinamarca de las embestidas trumpistas, comportándose como un vasallo indigno de la alta magistratura que ostenta. Y volviendo a retomar el diálogo con la Federación Rusa, como lo ha expresado recientemente Giorgia Meloni, puesto que Rusia siempre ha constituido parte de la historia europea, de suerte que no podemos dejar de lado a un vecino tan poderoso. Y, finalmente, buscando ciertos convenios con China en aquello que nos pueda beneficiar. Sólo así Europa podrá evitar la irrelevancia a la que la quiere someter Trump y sus hooligans.

15 de enero de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de enero de 2026, p. 21